

FRANCISCO DE PAULA VALLADAR

**OVIDIO**

NOVELA CORTA Ó EPISODIO NACIONAL

6640

390

A

2

12

MEXICO-1911

a. 230

"OVIDIO"



LIBRARY

Francisco de Paula Valladar

“OVIDIO”

Cuento, novela corta

ó episodio nacional

---

MEXICO  
IMP. DE M. LEON SANCHEZ  
Misericordia, núm. 7.  
1911



Registrada la propiedad  
con arreglo á la ley.





Francisco de Paula Valladar

## DEDICATORIA

---

A MI QUERIDO AMIGO MANUEL LEÓN.

*Dedico á usted este cuento, episodio nacional ó novela corta, en recuerdo de nuestra antigua y sincera amistad, que no han alterado ni empequeñecido la enorme distancia que nos separa, ni el transcurso de los tiempos.*

*Algo hay de verdad en estas páginas, aunque modificado por las conveniencias y el arte. Luisa y Pepe Luis pertenecen á la realidad humana, así como reales son también sus románticos amores. Si nos viéramos algún día en esta Granada, á la que usted tanto afecto profesa y por la que yo he sacrificado cuanto pude llegar á ser, ahondaríamos en nuestras memorias de la juventud y de aquellos recuerdos de vehementes afectos y de viriles arran-*

ques, vería usted surgir las dos interesantes figuras, aunque con los cambios de tiempo y de lugar que las conveniencias y el arte, de que antes hablé, imponen.

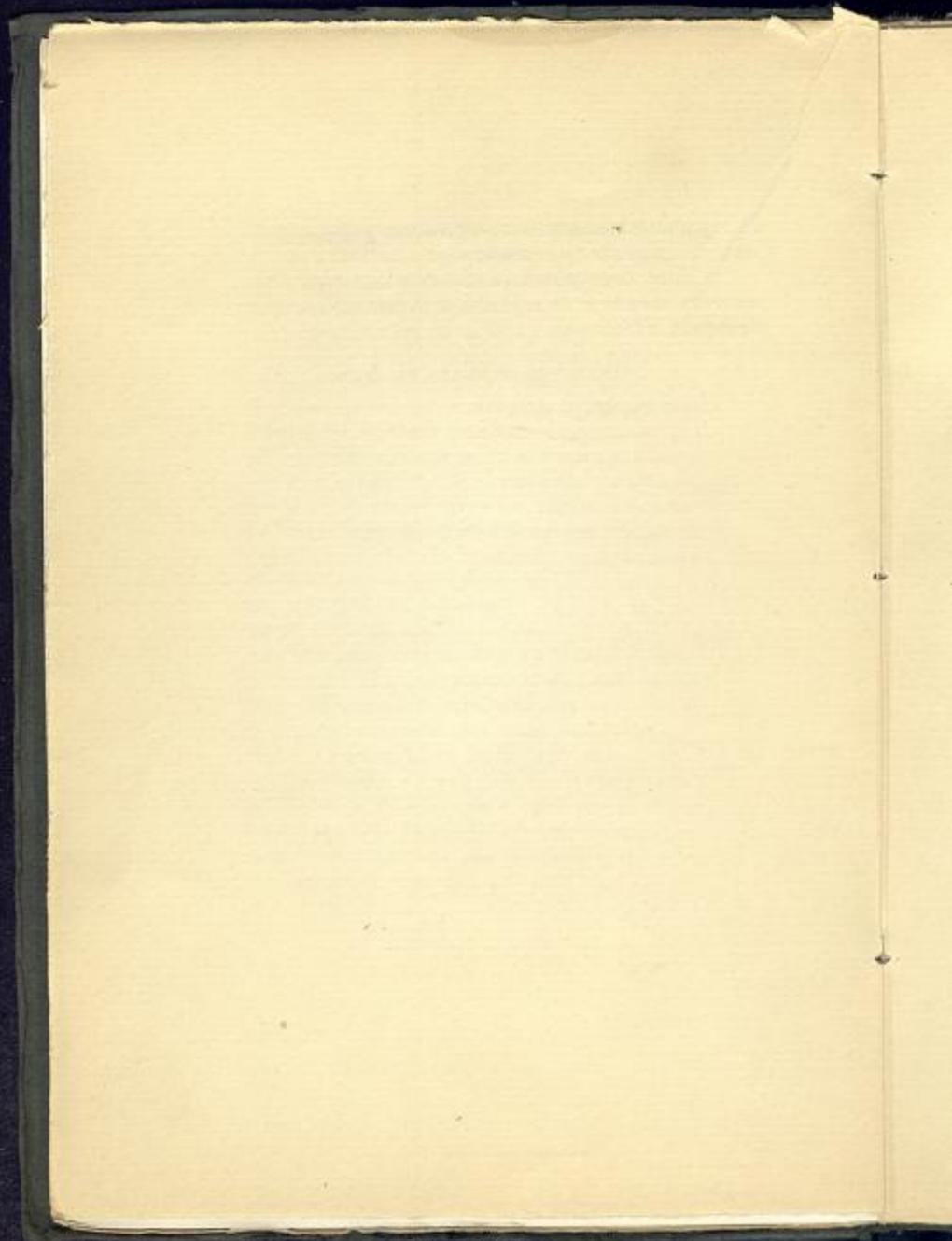
Figúrome que será de su agrado la descripción, la época y acontecimientos acerca de los cuales nuestros historiadores anduvieron muy parcos en sus narraciones, porque aún vivían los hombres que con Napoleón y sus afrancesados, pactaron y convinieron, haciendo tiras y capirotos de nuestra independencia, quizá con la mejor intención del mundo y suggestionados por el espléndido aparato de gloria que al César rodeaba. . . . En mis estudios acerca de la invasión napoleónica he aprendido, que si el egoísmo personal y el apetito del poder hicieron mucho, no tomaron poca parte en el afrancesamiento de España el ideal del progreso y un cierto resquemor de desconfianza en los propósitos de Fernando EL Deseado, nacido de sus extrañas maquinaciones contra el desdichado Carlos IV, su padre, y de sus intentos de matrimonio con una princesa de la familia de Napoleón I. Por mucho que trataron de ocultarlas hubo españoles contemporáneos que conocieron las cartas que Fernando dirigiera al César, reiterándole su adhesión y proponiéndole su matrimonio. . . . Y en tanto centenares

*de españoles sucumbían heroicamente gritando ¡viva España! y ¡viva el rey! ...*

*Y aquí hago punto enviando á usted un estrecho abrazo y la seguridad de mi inquebrantable afecto.*

FRANCISCO DE PAULA VALLADAR.

*Granada, Mayo 1910.*



## PROLOGO

---

En una noche de orgía . . . .

YA hace muchos años, y sin embargo, ni el recuerdo de aquella noche de orgía, primera aventura de mi vida galante cuando apenas contaba diez y ocho. Abri-les ó Mayos de existencia, se ha borrado de mi memoria, ni jamás deja de obedecer á extraño conjuro mi imaginación, cuando cerrando los ojos evoco la imagen que aquel misterioso retrato de mujer representaba.

Nos hallábamos en una casa de reputación equívoca, donde habitaban dos hermosas mujeres que se hacían pasar,

la mayor, por viuda de un militar aguerrido y de quien ella refería extraordinarias proezas dignas de un Gonzalo de Córdoba, y la más joven, por casada con un alto empleado de los que «arreglaron» la Hacienda allá en las colonias españolas de América. El buen burócrata no quiso exponer á su cónyuge á los peligros de larga travesía con todas las incomodidades anexas—así lo decían ellas—y confió su preciado tesoro á la hermosa viuda, partiendo él solo á aquella tierra que nos descubrió Colón para honra y gloria muy discutida y zarandeada de España, y positivo provecho de algunos españoles y de gran número de extranjeros. D. Ismael de la Cercedilla y Quiñones García de Paredes, noble por los cuatro costados, cuyos ascendientes se arruinaron por manifestar su patriotismo y su odio á José Napoleón I, luchando en Zaragoza unos, en Gerona otros y en las escabrosidades de la Al-

## PRÓLOGO

pujarra, como colaborador de *Caridad* ó D. Juan Fernanda, el famoso alcalde de Otívar, el padre de D. Ismael, jefe de la rama de los Cercedilla habitantes en Granada, era, allá en América, según su esposa y su cuñada, jefe de Hacienda unas veces, director de Aduanas otras... porque Lolita y Pepa se distraían de tal modo contando grandezas y fastuosidades de familia, que no habían llegado á ponerse de acuerdo todavía respecto del altísimo cargo que adjudicaban al bueno de D. Ismael.

Lolita era el nombre de la casada. Pepa llamábase la viuda.

Las dos eran muy hermosas, pero de encantos y hermosuras puramente externos y sensuales. Por culpa de aquel misterioso retrato llegué á tratarlas con verdadera confianza y asiduidad, que al fin, como era lógico, produjeron enérgica reprimenda de mi padre, y sanos y prudentes consejos de un amigo de la fami-

lia, á quien mi padre, gran conocedor del corazón humano, confió la delicada misión de apartarme de las garras de las hermanitas, creyendo fundadamente este modo de proceder mucho más eficaz que una persecución paterna, con todos sus inconvenientes, escándalos y aparatos....

Aquella noche, la de mi bautismo de calavera, fuí por primera vez á la casa de Lola y Pepa, llevado por mi amigo y compañero de estudios Antoñito Jiménez, muchacho muy simpático, de mi misma edad, hijo de familia rica y noble de Sevilla y que vivía en Granada solo en una fonda, con letra abierta en la casa de banca más respetable de la ciudad, y muy mimado y querido en todas partes.

Habíamos engañado á mi padre, que hasta entonces no tenía motivos para desconfiar de mí, inventando una prodigiosa historia de difíciles estudios que ha-

## PRÓLOGO

bíamos de hacer unidos, dos ó tres noches, para los próximos exámenes, Antoñito, un catedrático á quien él venía recomendado, y yo; y fué tal la habilidad de Antoñito, tantas las pruebas que adujo en apoyo de su mentira, de tal fuerza el testimonio del catedrático—que por un hábil manejo de Antonio coadyuvó inocentemente al embuste—que mi padre quedó convencido y yo me fuí con un gran paquete de libros de Derecho á la fonda donde vivía Antonio y donde dejamos los libros, yéndonos en seguida á buscar á *Ovidio* para que nos llevase á la casa de las dos hermanitas.

El tal *Ovidio* necesita presentación, porque es el protagonista de esta historia.

De edad indefinible—lo mismo podría haber cumplido cincuenta años que tener menos de cuarenta—de distinguido aspecto, sin pretensiones de elegancia ni lujos, siempre modesto y sencillo, Pepe

Luis García Serrano, era cariñoso amigo de la gente joven que solicitaba su amistad sincera, sus opiniones leales, nobles y categóricas, sus francos consejos, pues su cultura era muy completa y sabía decirlo todo sin afectación ni aire magistral.

Un impenetrable misterio rodeaba su vida. Sabíase que allá, en 1808, estudiaba Derecho en la Universidad granadina; que intervino en todos los motines estudiantiles que aquí se producían á diario desde la caída de Godoy y luego cuando se aseguró que el Favorito de Carlos IV iba á ser conducido á Granada; y sabíase, que á pesar del cariño que los catedráticos le profesaban, fué preciso entregarlo por unos días á la jurisdicción de los Sres. Alcaldes del Crimen, que instigados por Escalante, el capitán general y regente de la Chancillería, pretendían hacer un gran escarmiento entre los estudiantes, á quienes acusaban como prin-

cipales, quizá únicos, instigadores de todos los alborotos....

Escalante tuvo que poner en libertad á Pepe Luis, cuando el pueblo, á fines de Mayo se amotinó ante la Chancillería, pidió la proclamación de Fernando VII y la constitución de una Junta, que de acuerdo con la de Sevilla, declarara la guerra á Napoleón y defendiera la Patria contra los invasores. Pepe Luis y otros estudiantes y patriotas pusieron á la cabeza del movimiento y consiguieron que Escalante, la Chancillería, el Ayuntamiento y todas las corporaciones, proclamaran á Fernando Rey de España.

Pepe Luis, desde entonces abandonó el manto y el tricornio por un traje casi militar é intervino en todos los preparativos de organización del ejército que al mando de Reding fué á Bailén y venció é hizo prisioneros á Dupont, á Vedel y á sus tropas; pero nada se supo de él lue-

go. Su tutor—Pepe Luis era huérfano de padre y madre é hijo único—un respetable anciano amigo de Jovellanos y como éste perseguido por sus opiniones políticas, decía que Pepe después de Bailén había acompañado á Castaños y á Reding, como agregado al cuartel general á Sevilla y más tarde á Madrid, pero que desde entonces habíanse perdido sus huellas ....

Cuando á últimos de Enero de 1810, el Ayuntamiento y las demás autoridades entregaron Granada á los franceses, apareció Pepe Luis, allá en el Albayzín interviniendo en el movimiento de rebelión contra los invasores. Decíase que él era el que había escrito la patriótica y enérgica proclama en que se pretendía insurreccionar á los granadinos; que dirigió valientes epístolas á Sebastiani protestando de los atropellos que cometían las tropas contra pacíficos vecinos, aterradas monjas y pobres ancianos y que cuando en

## PRÓLOGO

su escondite supo que los artilleros españoles que intentaron defender á Granada, y que no hallando ambiente apropiado salieron de esta ciudad, casi al mismo tiempo que las tropas imperiales penetraban en ella, habían perdido en Diezma los treinta cañones que custodiaban—, juzgándolo todo fracasado, exponiendo heroicamente su vida, preparó la fuga de su tutor, á quien los afrancesados habían preso como sospechoso de patriota, y desapareció de Granada, justamente cuando los generales franceses y los malos españoles que les eran adictos extremaban sus rigores contra los que no saludaban á todo militar francés, desde capitán arriba; no se quitaban el sombrero cuando se pronunciaba el nombre de «José Napoleón, rey de España», ó de «Napoleón I, César y amo del mundo», ó se resistían á pagar los diarios impuestos que los soldados franceses, armados

hasta los dientes estaban encargados de cobrar.

Muy en secreto decíase que Pepe, durante los casi tres años que Granada fué francesa, solía aparecer misteriosamente en cierta calle; que entonces, una reja entreabríase sin ruido alguno, Pepe se acercaba con cautela, cambiaba un pequeño papel con otro que por el hueco de las maderas le alargaban, y casi sin pronunciar palabra, el galán se embozaba hasta los ojos y desaparecía en las negras sombras de la calle. . . . Cuando se perdía el eco de sus pasos volvíase á cerrar la reja sin ruido.

Algunas noches, ya muy tarde, los hierros de aquella reja, con el marco en que estaban aprisionados, despegábanse del muro girando sobre disimulados pernos, y entonces Pepe desaparecía prontamente por aquel hueco, quedando todo en silencio. . . . .

Algún tiempo después, ya nadie vió

## PRÓLOGO

nada anormal en aquella casa, residencia de un jefe militar francés, ni jamás volvió á aparecer por entre los tupidos cortinajes de los balcones un rostro de mujer, moreno, muy expresivo y de enérgicas facciones, que animaban, dándoles singular atractivo, dos hermosísimos ojos de azul oscuro verdinegro, cuyo brillo relampagueante tenía algo de la chispa eléctrica....

Pepe Luis no volvió á Granada hasta que deshechos los últimos sostenes de la reacción, ya muerto Fernando VII, se respiraron en España auras de libertad. Entonces se supo algo de su vida: después de Bailén, en donde á pesar de su escasa edad—apenas diez y ocho años—realizó actos de heroico valor, estuvo en Zaragoza y en Gerona. Indignado por lo que las tropas francesas hacían con Alvarez de Castro el militar insigne,—hollando todas las leyes del derecho y de la moral,—rompió su espada y la arrojó

lejos, hacia el sitio en que más fuerte y vigorosa habíase arraigado la invasión, y descorazonado y triste internóse en Andalucía, donde hallábanse reunidos cuatro ó seis cuerpos del ejército francés, al pié de Sierra Morena, para emprender un formidable ataque. ¿Conoció entonces á la morena de los expresivos ojos?... Lo cierto es que á últimos de Enero de 1810 estaba Pepe Luis en Granada, como antes he dicho. El mismo, nos descubrirá más adelante el misterioso velo en que se redacta ese interesante período de su vida.

\*  
\* \*

Hallamos á Pepe Luis en uno de los cafés del Campillo, famoso por haber servido de albergue á los revolucionarios de la primera mitad del siglo XIX, y de allí fuimos á la casa de las dos hermanas. Hechas las presentaciones de Antoñi-

## PRÓLOGO

to y de mí y la de una hermosa mujer que acompañaba á las hermanitas, comenzó la comida con que *Ovidio* había dispuesto solemnizar nuestra primera aventura amorosa.

A los postres bebíamos Champagne helado y se brindaba con fervoroso entusiasmo por el amor y la belleza. Antoñito y yo íbamos perdiendo los últimos miramientos; él se atrevía á besar una finísima mano de la casada con el empleado de Ultramar, y yo me extasiaba contemplando el hoyito encantador que en la barbilla tenía la viuda del militar valiente. Pepe Luis que más experto y atrevido habíase retirado de la mesa y discreteaba con la amiguita de aquéllas, interrumpió nuestra juvenil y ardiente adoración á la belleza senxual, con una enérgica exclamación de sorpresa y asombro.....

De pié é intensamente pálido, miraba atónito un rico medallón de oro en cuyo



centro veíase un retrato de mujer. Su expresivo rostro reflejaba una intensa emoción, el recuerdo que aquel retrato evocara debía de ser tan doloroso, que habíanse borrado su sencilla bondad y su atrayente simpatía. Con voz vibrante y entonación casi amenazadora, preguntó á aquella joven que le observaba en actitud dolorosa:

—¿Quién es esta mujer?....

—Mi madre, caballero—respondió ella.

—Entonces... ¿es Ud. la hija del «general andaluz»?....

—Sí, ¡yo soy!...—y la infeliz ocultó el lloroso rostro entre sus manos crispadas.

—¡Qué horrible realidad!...—dijo Pepe aún más sombrío.

Nosotros, oíamos sin atrevernos á decir palabra ni á hacer la más ligera observación á aquel diálogo que debía formar parte de un misterioso y tremendo drama de ayer. Pepe hizose fuerte, dominó su emoción, y borrando de su

## PRÓLOGO

rostro las huellas de dolorosas impresiones se dirigió á nosotros diciendo:

—Perdonadme, señores; hay situaciones en la vida en que los hombres más fuertes demuestran la fragilidad de la humana especie. Me tengo por dueño de mí y me he descubierto ante vosotros. El choque ha sido terrible.... Mi vida entera, todos mis dolores, hasta mis lágrimas las ha evocado ese retrato..... Perdonadme, repito; vuelvo á ser el que siempre habéis conocido: *Ovidio*, el maestro del amor: el que os enseñó á «persuadiros firmemente de que todas las mujeres se pueden coger, y de que las cogeréis si os dáis buena maña.....» Continuad vuestra orgía: «el vino dispone los ánimos á enardecerse y á fuerza de beber se desechan los cuidados»... — Así decía *Ovidio*, mi maestro.—Y me vais á permitir que acompañe á esta señorita á su casa. ¿Estáis dispuesta?..—preguntó á la hermosa criatura.

Pocos momentos después salieron Pepe y la desconocida. Nosotros quedamos tristes é impresionados; pero la juventud, el Champagne y el amor triunfaron al fin. Como Pepe Luis nos lo había aconsejado, reanudamos la orgía....

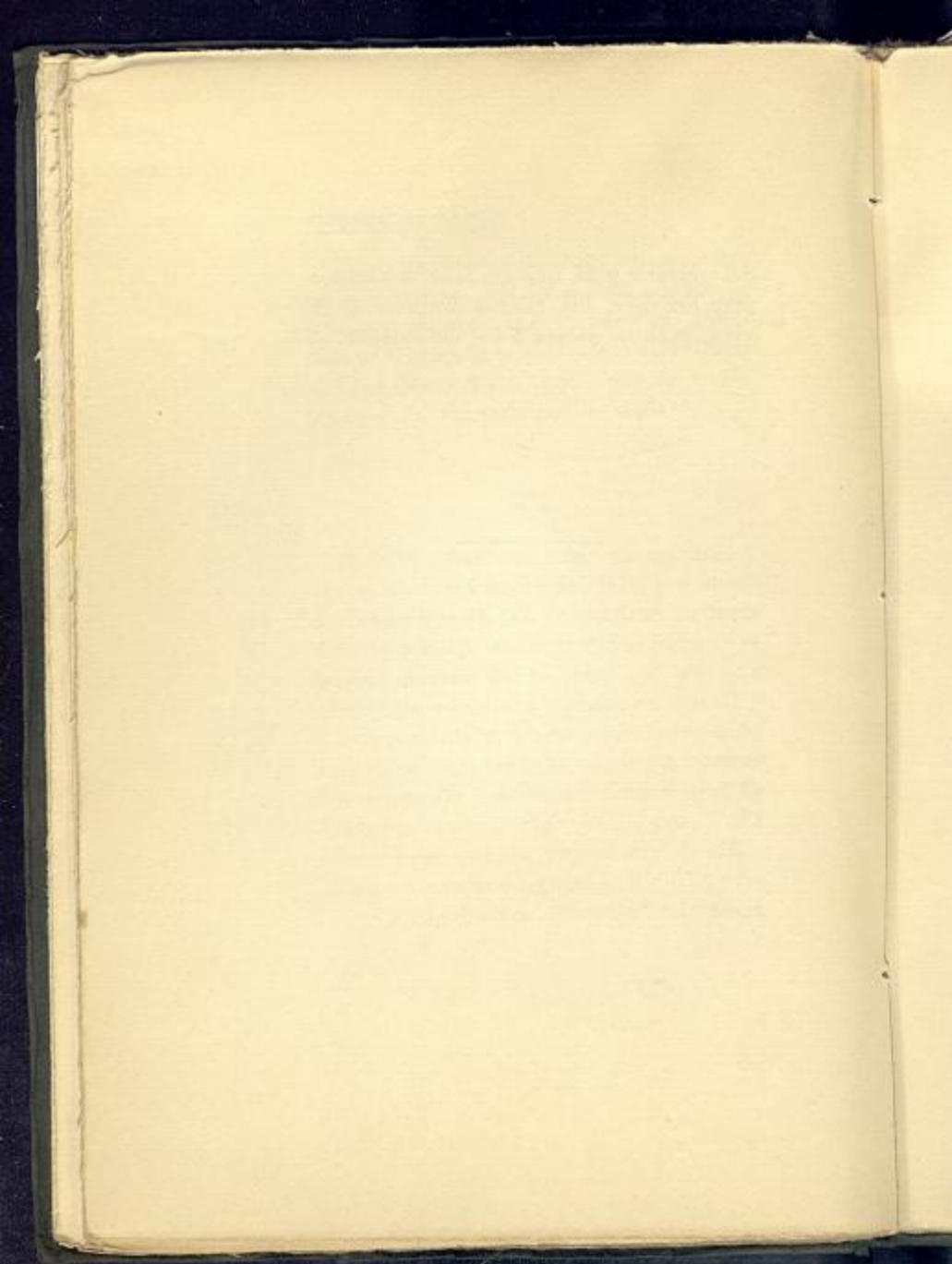
\*  
\* \*

Muchos años después, ya anciano y triste, amorosamente asistido por aquella mujer que en tan dramáticas circunstancias conocí, me refirió *Ovidio* el misterioso secreto del retrato, que era una admirable miniatura pintada en marfil, y que representaba á una joven morena de expresivo semblante al que daban singular expresión los hermosísimos ojos de azul muy oscuro, casi verdinegro.... El pintor había sabido reproducir de milagrosa manera el singular brillo de aquellos ojos admirables. Parecíanse la dama

PROLOGO

del retrato y la que cuidaba á *Ovidio*:  
pero los ojos, los rasgos íntimos de la  
viva, eran inferiores á los del retrato...

---



A comienzos de 1808.—En la botillería de San Gil.

**E**RA la botillería de Pedro Gómez, allá en los últimos meses de 1809 y comienzos de 1810, la más concurrida de Granada.—Inmediata á la Iglesia de S. Gil, con la que formaba esquina, y con una de sus puertas cerca de la Plaza Nueva, teatro desde 1808 de casi todos los motines por la caída de Godoy, primero; en favor de Fernando VII después, y en contra de los franceses más tarde—la amplia sala del establecimiento había servido más de una vez de refugio á los revolucionarios y aun decíase que Pedro Gómez, conocido por sus ideas liberales

y sus arranques de patriota, había cedido, en circunstancias difíciles, un gran sótano, que utilizaba como almacén y bodega, para misteriosos conciliábulos y conspiraciones.

Los entusiasmos que la victoria de Bailén hizo nacer en todos los corazones habían ido decayendo lentamente y los sangrientos triunfos de los generales de Bonaparte, que hábiles manejos exageraban á fin de que insensiblemente fuera fructificando la idea de que la salvación de la Patria estaba en manos de Napoleón, del rey de España José I y de sus invencibles caudillos, producían efecto en esta tierra andaluza impresionable y falta de fe. Además, ¡cuántos alardeaban de patriotismo y de amor á Fernando VII y andaban en misteriosas componendas con los emisarios franceses y con los malos españoles que habían vendido su albedrío á los invasores!...

Por el desastre de Medellín, que debió

ser para España un gran triunfo y en el que faltó un general de la pericia de Reding en Bailén, los manejos de afrancesados y franceses fueron en aumento, á pesar de que la Junta Suprema de Sevilla desfiguró cuanto pudo la derrota de nuestro ejército, aprobando los castigos impuestos por el general Cuesta á unos coroneles de caballería que huyeron en el momento de decidirse el combate.

Sin embargo de todo y del grave disgusto que ocasionaba en los patriotas granadinos el insistente rumor de que había quienes ocultamente mantenían relaciones con los consejeros españoles de José Bonaparte, y opinaban como éstos que era preciso destruir la Junta de Sevilla, centro promovedor de la resistencia española, no se pensaba en otra cosa, al menos en apariencia, en Granada, desde que el 4 de Enero de 1810 se dió cuenta en el Ayuntamiento de la real cédula de la Junta Suprema, convocando

las Cortes en nombre del Rey, para el 21 de Enero.

La botillería de San Gil estaba animadísima la tarde del 19. Todos los que se habían enterado de la sesión municipal discutían acaloradamente acerca del asunto más importante tratado en cabildo. Según sus privilegios, Granada debía nombrar dos diputados y se le señalaba tan sólo uno. En la Junta Suprema de Aranjuez, en Septiembre de 1808, representaron dos diputados á Granada, ¿por qué no habían de reconocerse ahora sus derechos por la Junta que mandaba en nombre del rey?

La discusión entre los caballeros venticuatro fue tan acalorada, se habían traslucido tantas vehemencias, que el Alcalde mayor, Lafuente, que presidía, se vió muy comprometido para restablecer el orden, aplazando la resolución con la fórmula de que se pusiera «sobre su bu-

fete el expediente y cuaderno de cabil-  
do»....

Apenas eran bastantes las sillas y bancos de la botillería; todo estaba ocupado y en los grupos que vociferaban afeando la conducta de los que querían mermar á Granada sus privilegios, veíanse militares de distintas graduaciones, guardias urbanos, estudiantes manteistas de los que desde 1808 venían siendo los sostenedores del espíritu de rebelión en Granada, artistas y menestrales, licenciados y doctores de reconocida fama en las leyes y en la medicina, y hasta algún cómico rezagado que quedó en la ciudad al disolverse por falta de público la última compañía de comedia, tonadilla y baile.

Pedro Gómez iba de un lado á otro, deslizándose hábilmente en los grupos frases intencionadas y satíricas contra tal ó cual caballero veinticuatro, sobre quien recaían sospechas de afrancesamiento; manteniendo el espíritu revolucionario

ingénito en su alma y atendiendo de paso á un grupo de cuatro hombres que embozados en sendas capas y con las alas de los sombreros caídas sobre los ojos, hablaban misteriosamente en el rincón del mostrador, protegidos por la semioscuridad que á intervalos aumentaba en la botillería, al caer de la tarde.

Se hablaba más que se bebía, pero hacía bastante consumo de un vinillo de agradable y dulce sabor, procedente de las viñas de Jesús del Valle y de unos inocentes licores que Gómez fabricaba y que mantenían la fama del establecimiento.

—Paco,— dijo Gómez á un mozo zanquilargo y de malicioso rostro, que en calidad de ayudante tenía á sus órdenes—; prepara las luces.

El jovenzuelo sacó de un rincón de la sala una pequeña escalera y sufriendo encontrones y denuestos de los discutidores parroquianos, pudo colocar el ar-

tefacto debajo de una de las arañas de candilejas de aceite que pendían del techo del salón; requirió la clásica pajuela y comenzó á subir los trancos de la escalera, cuando un revoleo de gente puso en peligro de caer al suelo la delgada humanidad del muchacho.

Un nuevo personaje había penetrado á la sala, y esta exclamación salió al unísono de todos los labios:

—*¡Ovidio! . . . ¡Sí, sí, es Ovidio! . . .*

—*Ovidio soy;*—dijo el recién llegado: *Ovidio* que no viene á hablaros del amor ni de la fragilidad encantadora de las mujeres, pero que llega á tiempo aún de avisaros que los franceses están á las puertas de Granada! . . .

La emoción fué inmensa. La idea de una traición convenida por los que ya eran sospechosos de amistad con los franceses y sus agentes, prendió como llama voraz en aquellas imaginaciones caldea-

das por el patriotismo, y se oyó un grito unánime:

—¡Mueran los franceses!...

—Calma, amigos, os la recomiendo, si hemos de salvar á Granada—dijo *Ovidio* con entereza y enérgico acento—. Antes de que nos tomen como alborotadores y revoltosos, escuchadme; luego tendremos tiempo de pensar en la organización de resistencia contra los invasores.

Prodújose en la sala ese significativo rumor que precede á los grandes silencios. Cada cual se acomodó como pudo en su parte de banco ó en su silla; unos estudiantes de remendados manteos que ostentaban en sus pechos la condecoración de Bailén, concedida tan sólo hasta aquella fecha á las divisiones de Reding y Compigny, abrazaron cariñosamente á *Ovidio* y lo sentaron entre ellos con expresivas demostraciones de afecto. Los cuatro embozados del mostrador arreglaron los pliegues de sus capas é incli-

naron hacia abajo, aún más, las alas de sus sombreros.

*Ovidio* comenzó así su relato:

—Pronto hará un año que murió en mis brazos nuestro bravo general Reding. Estuve con él en las alturas de Valls, allá en Cataluña, donde la desgracia abatió aquel alma grande y noble. Seis horas duró la lucha.... Peleamos primero haciendo uso de la artillería y de los fusiles; después, envalentonada la división de Souham, con la llegada del general Saint Cyr, que traía tropas de refresco, se aproximó tanto á nuestros fuegos que tuvimos que defendernos cuerpo á cuerpo. Eran los franceses muy superiores á nosotros en número; venían descansados los de Saint Cyr y traían abundantes municiones ..... No faltó el valor ni aun en el soldado más bisoño, pero cuando una certera granada rompió nuestra línea de combate, algo más allá del sitio en que peleábamos

franceses y españoles cuerpo á cuerpo, y circuló entre infernal gritaría y ayes de dolor la tremenda noticia de que el general estaba herido, la confusión y el desaliento produjeron emoción inmensa.....

Algún jefe desdichado que había visto vacilar y caer de su caballo á Reding, creyó que todo estaba perdido y mandó tocar retirada!...

Sangrando de la herida, Reding montó á caballo y quiso reanimar á sus tropas. ¡Vano empeño!... La desbandada fué completa y la venganza de los franceses feroz y terrible. Quedaron sobre el campo más de 1.000 muertos y unos 1.500 heridos; tuvimos que abandonar la artillería y los bagajes y dispersarnos como bandada de pájaros ante las perdigonadas de los cazadores....

La impresión producida por la entrada de Reding y los pocos que le seguíamos en Tarragona, fué dolorosa, humillan-

te.... Era de noche, mas nos vió toda la población, porque algún mal intencionado hizo circular la fatal nueva de que volvíamos fugitivos y derrotados. Hubo hasta quien manifestó hostilidad á Reding, que apenas podía sostenerse sobre su caballo. El buen sentido se impuso, sin embargo; pero la derrota y el agresivo recibimiento que se le hizo no pudieron borrarse de su imaginación, á pesar de que la ciudad entera le demostró respetuosa simpatía mientras estuvo con vida. Luego, le lloró al verle morir, haciendo justicia á sus grandes méritos....

Cuando el cadáver de Reding recibió cristiana sepultura fuíme á Gerona, en donde, por tercera vez, se esperaba á los franceses. ¡Qué hermoso espectáculo el que la ciudad ofrecía, al saber que se aproximaba el ejército invasor....! *Vivir ó morir por la Patria!*....ese era el solo pensamiento que animaba á aquel gran

pueblo que desde Octubre del año ocho venía luchando sin recursos y sin tropas hasta con el marqués del Palacio, capitán general del Principiado, que llegó á expresar su disgusto á la Junta de Gerona porque ésta le daba cuenta de los peligros que amenazaban á Cataluña por la frontera del Rosellón y que el marqués y sus consejeros creían manejos del tirano para sembrar el terror en los países que trataba de invadir!... El marqués mandó enarbolar bandera negra en las fortificaciones de su mando y en seguida quedó convencido de que apenas había franceses en Figueras.

A comienzos de Mayo se presentaron los franceses ante Gerona; unos 18.000 hombres al mando de Verdier y entre ellos venía la división de Souham, la que luchó con Reding, vencíéndole, en Valls. La presencia de aquellos soldados que manejaban armas que habíamos perdido nosotros, los que hirieron al vencedor de Bailén,

fué un triste presentimiento para mí...  
Los hechos demostraron luego que mi  
corazón no se equivocaba en tan tristes  
augurios...

Las glorias de Gerona y de su defen-  
sor mártir Alvarez de Castro, granadino  
insigne, se inscribirán con letras de oro  
en todas partes y las cantará la Poesía y  
la Historia. De la horrible lucha que vie-  
ne sosteniendo España desde el 2 de Ma-  
yo quedarán solamente sangrientos re-  
cuerdos: Zaragoza, Gerona y otras de-  
rrotas gloriosas; hasta ahora hemos ven-  
cido en Bailén, quizá esa sea nuestra  
única victoria!...

Pensé en huir de la plaza sitiada, pero  
Alvarez de Castro había dicho con per-  
fecta tranquilidad de ánimo, que fusila-  
ría al que intentara huir, capitular ó ren-  
dirse y que Gerona resistiría doble tiem-  
po que Zaragoza. Ya leeréis asombrados  
algún día lo que han hecho Gerona y su  
anciano defensor.... A principios de Ju-

nio estaba la ciudad completamente circunvalada por el ejército francés; pues bien: aquella *despreciable plaza*, como decían los franceses, de débiles y mermaidas murallas, con un puñado de hombres hambrientos, enfermos y heridos por defensores, recibía á cañonazos á los parlamentarios y resistía asaltos formidables y se sostenía, inflexible, semanas y meses!... A comienzos de Diciembre, lograron los franceses apoderarse de unos arrabales de la ciudad; aún Alvarez de Castro, consumido por altísima fiebre se rehizo al saber la noticia y mandó disparar los cañones de la batería que nos quedaba, regularmente emplazada, sobre unos parlamentarios del enemigo..... Jamás olvidaré á ese anciano de rostro moreno y enjuto, de mirada firme y serena, de cuerpo pequeño y endeble que parece mentira que pueda contener tan grande alma, sosteniéndose apenas sobre su bastón de mando y rodeado por

unos cuantos espectros, que no hombres podíanse llamar á los que habían resistido con él, la peste, el hambre, los horrores de seis meses de sitio.... Al otro día no pudo levantarse del lecho y el 11 entraron los franceses y comenzaron á faltar á las capitulaciones.... No he querido saber lo que Napoleón ha hecho con el heroico granadino.... Me salvé por un verdadero milagro, y cuando comprendí que nada podía hacer por el insigne general á quien se disponían á conducir á Francia en una camilla, á pesar de la gravísima enfermedad que padecía, huí de Gerona é intenté darme muerte....

Una mujer, una granadina que vive oprimida, casi prisionera de un general francés, y á la que desde casi niño amo con locura, impidió mi intento y me internó en Castilla, desde donde he venido á Granada.

*Ovidio* interrumpió su relato visible-

mente emocionado. Después de una breve pausa continuó:

—No se trata de mí, ni de mis desdichas. A estas horas el campamento francés se habrá instalado en Santa Cruz de Mudela y desde allí los tres cuerpos de ejército que se han reunido avanzarán para invadir Andalucía. Sebastiani, con el 4º cuerpo, vendrá hacia Granada muy pronto. Esto no lo sabéis vosotros que derramaríais otra vez vuestra sangre por la independencia de la Patria, pero lo saben unos cuantos granadinos que han vendido su honra y su dignidad por unas migajas de poder que pueden desprenderse de las manos de los generales franceses que mandan en España... No os asombréis, José Napoleón es un buen hombre, diré más aún: un hombre honrado que tiene inteligencia y sabe de muchas cosas aunque ignore el arte de la guerra y quizá también el de gobernar. S. M. D. José I, es un cautivo de los

grandes mariscales de Francia, con quienes el déspota se entiende sin hacer caso alguno de su hermano, que ni aun de dinero dispone como el gran Napoleón no se lo dé, aunque es rey de España y de sus Indias . . . . .

Quién sabe lo que nos aguarda! . . . .  
Unos 25.000 españoles defienden la línea de Sierra Morena y se oponen al paso de los 55.000 franceses que manda el mariscal Soult como general en jefe, aunque con esta altísima categoría viene investido el mismísimo José Napoleón, el desdichado comparsa de su hermano. Los campos de Andújar, de las Navas y Bailén, no nos preparan nuevas victorias; el poeta no podrá decir otra vez, cantando las glorias populares de hace dos años.

Alienta ¡oh! Patria mía; ya tu cuello  
no agobiará la bárbara cadena  
con que el déspota fiero de las Galias  
postrarte quiso en servidumbre eterna . . .

Sebastiani es fuerte y enérgico y cuen-

ta para vencernos con la indiferencia que reina aquí; con el trabajo de zapa que los afrancesados vienen elaborando lentamente.... Algunos de los que hoy gobiernan á Granada en nombre del rey legítimo y blasonando de libertad y de independencia, serán mañana súbditos de Napoleón....

Estas palabras produjeron fuertes rumores en la concurrencia; se oyeron frases de protestas; se iniciaron gritos de ¡mueran los afrancesados!.. pero la enérgica actitud y la voz vibrante de *Ovidio* se impusieron, y el valiente joven, dirigiéndose á los cuatro embozados, los apostrofó, diciéndoles:

—¿Qué hacéis aquí vosotros? Para espías ocupáis muy alta posición.... Quizá engañéis á todos estos hombres de corazon y de lealtad probada, pero á mí no, porque he pasado tres días muy cerca del cuartel general de Sault. Os conozco; sé quiénes sois aunque ocultéis los páli-

dos y aterrorizados rostros.... Os dejamos salir—dijo dirigiéndose á un grupo que quería arrojarse sobre los traidores—pero ya lo sabéis: he sorprendido vuestros planes, y como mientras los franceses no pisen la tierra bendita de Granada tenéis que seguir representando vuestros papeles de patriotas, nada podéis ahora contra mí.... Luego, preparaos bien, porque cada gota de mi sangre os ha de costar una vida de vuestros esbirros traidores.... Salid; á los espías se les desprecia, se les escupe.... pero no se les hiere; su sangre mancha!....

Uno de los cuatro hombres intentó agredir á *Ovidio*, pero los otros tres se lo impidieron y Pedro Gómez, el dueño de la botillería, obedeciendo una indicación de aquél, les hizo salir por la puerta de la calle del Pan, que era la más cercana al mostrador y la que estaba libre por lo tanto.

F. DE P. VALLADAR

—Tratemos, si es posible todavía,—dijo *Ovidio* tranquilamente volviendo á ocupar su silla—de salvar á Granada.

---

## Luisa y sus románticos amores.

TENUE luz de rosada coloración ilumina con delicado tono una amplia estancia, amueblada ricamente como sala ó gabinete particular de dama hermosa y de gustos delicados.

Nos hallamos en un antiguo caserón perteneciente á linajuda familia castellana, cuyos últimos vástagos emigraron, arruinados, á fines del siglo XVIII á Francia, abdicando allí de su alta prosapia en aras de la Revolución, llegando á ser furibundos terroristas y después serviles admiradores de Bonaparte. Uno de ellos, identificado por completo con las ideas atrevidas y ambiciosas del cor-

so, se unió á su ejército como soldado y le acompañó en su carrera triunfal. Era un valiente y recibió heridas, grados y condecoraciones con tal abundancia, que como otros hombres de aquella corte que á Napoleón rodeaba, llegó á general, apenas cumplida la edad de cuarenta años.

Cuando Murat entró en Madrid el año ocho, un hermano del «general andaluz» como Napoleón decía á su admirador entusiasta, vino con el ejército francés á España y antes del desastre del 2 de Mayo regresó á Granada, después de una ausencia de más de veinte años. Encontró su caserón en ruinas y convertido en albergue de gentes maleantes; y como entre los dos hermanos habían rehecho su fortuna, sabe Dios por qué medios, con actividad asombrosa comenzó á restaurar el edificio, el cual, á comienzos de 1809 era todo un palacio, con preciosas pinturas en los techos de las estancias,

excelentes cuadros y joyas de arte pertenecientes á los ricos despojos recogidos por el hermano militar en sus campañas, y espléndido mobiliario estilo Imperio: que hasta en asuntos de muebles y trajes era preciso hacer pública adhesión al homenaje que el Arte había tributado al ídolo de Francia, dedicándole un estilo en arquitectura y en artes suntuarias.

El hermano del general andaluz se instaló con varios criados en el palacio. Diose entonces á conocer á las antiguas amistades de la familia y esquivó siempre comunicar á nadie noticias de su hermano y de la posición que ocupaba éste en la Corte y en el ejército imperial. Don Pablo,—tal vez fuera éste el nombre del paisano—contó á sus amigos una peregrina historia del encuentro en París con un pariente riquísimo á quien habían olvidado; la muerte de aquel buen señor, á consecuencia de los grandes trastornos causados por la Revolución y la esplén-

dida herencia que cuando menos esperaban les había venido á las manos. . . .

Como nadie tenía antecedentes para poder sospechar de la veracidad de estas noticias, todos los antiguos amigos de aquellos señores que contaban entre sus antepasados nobles guerreros que tomaron parte en la reconquista de Granada, admitieron como buena la historia que D. Pablo les refirió con gran lujo de pormenores y alguna dramática escena de la época del Terror en que se había hallado presente;—recuerdos históricos que manejaba con gran habilidad é introducía en sus relatos como interminables incisos siempre que había que desviar la atención de los oyentes del aspecto temible de aquellas conferencias: el paradero y posición del hermano.

La calma aristocrática y patriarcal que en la casa reinaba, desde que á comienzos de Septiembre se terminaron las obras y la instalación del riquísimo mobiliario,

interrumpióse dos días después de la aparición de *Ovidio* en la botillería de San Gil. Una elegantísima silla de posta custodiada por cuatro mocetones montados á caballo, armados hasta los dientes y con cierto aspecto militar visible, á pesar de sus sencillos vestidos de hombres del campo, penetró ya casi de noche por las calles más excusadas y dando grandes rodeos se paró ante la casa de D. Pablo. Por muchas precauciones que todos hubieran tomado, una lujosa silla de posta y cuatro criados de casa grande, ginetes en sendos caballos andaluces de fuerza y de poder, formaban una comitiva capaz de llamar la atención en cualquiera ciudad populosa, aunque estuviera preocupada con los preparativos electorales y con las amenazas que misteriosamente se hacían circular en los grupos de menos afectos á la invasión francesa, con las noticias de que el rey José y los generales Soult y Sebastiani venían so-

bre Granada con un ejército de 55.000 hombres y 200 cañones de distintos calibres....

Oficiosa comadre hubo, que arriesgando su vida, exponiéndose á ser pisoteada por los caballos del carruaje ó los de la escolta, decidi6se á saber qué carroza era aquélla y á dónde iba, y con grave peligro de su pellejo lo consiguió.

Contaba luego la buena mujer á sus amigas, que á la silla habíanla precedido dos ginetes, que tomaron posiciones á los lados de la puerta del palacio; la silla, con verdadera exposición de hacerse añicos, porque la calle no era muy ancha, se arrimó cuanto pudo á la puerta, y los otros dos ginetes quedaron haciendo frente á los curiosos, bastantes en número, é impidiéndoles con aspecto amenazador que se acercaran al carruaje.... Entonces se entreabrió la portezuela de la silla, dando paso á dos mujeres de aspecto elegante, pero ciertamen-

te afrancesado, cubiertos los cuerpos por amplios y largos abrigos de seda oscura y envueltas las cabezas en espesos velos de gasa blanca. Las mujeres se introdujeron con gracia y ligereza en el palacio, é inmediatamente se cerró la puerta principal de la lujosa morada.

La silla y los criados, despejando sin consideración alguna la calle, volvieron la esquina y entraron fácilmente en el palacio por las cocheras y dependencias.

Decía la curiosísima comadre, que una de aquellas mujeres era joven, elegante y distinguida, y que la otra parecía aya ó doncella, y era joven y arrogante también; que no hablaron en español con Don Pablo, que había salido á la puerta á recibir las, y que al pasar cerca de ella dejaron el aroma de deliciosos y finísimos perfumes...

—¿Y eran guapas?...—preguntó una de aquellas curiosísimas vecinas.

—Nopude verlas bien los rostros, pues,



Dios me perdone lo que voy á decir: los ojos de la que parece ser la señora, hermosos, grandes, verdinegros como los de nuestras mujeres del Albayzín, me han visto otra vez, y ahora, al fijarse en mí, la única persona extraña que había cerca del carruaje, revelaron contrariedad y asombro, y no pudieron resistir mis miradas curiosas é insistentes. . . . ¿Quién puede ser esa dama? . . . ¿A qué viene á esa casa en donde habita un hombre soltero, rico y solo?

—¿Es alta, morena y no gruesa, es verdad? . . . —preguntó una viejecilla de avispados ojos, boca sumida y barba saliente que amenazaba juntarse con la afilada y corva nariz.

—Morena y alta, sí que lo es, y no debe ser gruesa, porque el abrigo en que se envolvía no ajustaba su cuerpo. ¿Quién supone usted que pueda ser, madre Antonia? . . .

—Esa debe ser la Luisa, la hija del

maestro Pepe, la que desapareció de aquí hace seis ú ocho años y de la que el pobre maestro no quiere que le hablen. ¿No os acordáis, desmemoriadas? Luisa, la que estaba enamorada perdida del señorito Pepe, el pupilo de mi buen amo, desde que se conocieron de niños; por quien el señorito lloró y se desesperó y por quien ha peleado en todas partes contra los franceses; por quien dejó á Granada....

—Sí que me acuerdo de Luisa,—contestó otra de las buenas comadres.—Pero, ¿porqué cree usted que puede ser esa?

—Pues vereis; ya hace tiempo, entré un día en casa del maestro Pepe y le encontré casi llorando. Con mucho trabajo pude saber lo que le pasaba: al fin tenía noticias de Luisa, y eran tales, que el pobre maestro se consideraba deshonrado para toda su vida. Luisa, que había huido de aquí casi niña, estaba en Francia con un señor de Granada, muy rico

y de gran posición y que la había convertido en una mujer á la moda . . . , pero no estaban casados y por eso lloraba el pobre padre . . . Mucho después, cuando vino aquí ese D. Pablo, me enteré también de que, él mismo, á pesar de sus riquezas y su orgullo, fué á ver misteriosamente al maestro; de que estuvieron encerrados más de una hora y de que Don Pablo salió de un humor de todos los diablos, y el otro con los ojos muy encarnados y la cara triste y dura . . . ¿No creéis que todo eso y la llegada de una mujer joven, morena y con esos ojos que se han asombrado al reconocer á la Pepa—porque tú conocías mucho á Luisa—es bastante para creer que D. Pablo es el protector de la hija del maestro Pepe? . . .

Un rumor de aprobación, y sabrosos y animados comentarios, acogieron las palabras de la sagaz viejecilla, que sonreía al ver su triunfo y miraba con ojos com-

pasivos á aquellas mujeres que ni poseían secretos ni sabían sacar de ellos consecuencias.

Sabe Dios el tiempo que hubieran durado estos coloquios, si el marido de la madre Antonia, un viejo alto y huesudo, con cara de pocos amigos, no llegara al grupo y encarándose con su mujer, dijera estas palabras en agrio tono preñado de amenazas de repartir unos cuantos cachetes:

—Así me gusta, malas mujeres: mientras estáis quitando el pellejo á unos cuantos desgraciados ó desgraciadas, habreis dejado que se queme la cena ó que se apague la hornilla.... Cada una á su casa, desvergonzadas!..... Y tú, anda para adentro, que te voy á contar en las costillas los capítulos que tiene la historia con que tenías entretenidas á esas desocupadas....

Como puñado de moscas se disolvió la reunión. Cada comadre se fué á su do-

micilio renegando del iracundo viejo que venía á interrumpir lo más agradable del relato, los comentarios que la madre Antonia iba á hacer acerca de Luisa, de su padre y de D. Pablo.

\*  
\* \*

Luisa, porque efectivamente era la hija del maestro Pepe la que descendió de la elegante silla de posta y acompañada de Julia, su amiga, mejor que su doncella, y de D. Pablo, había penetrado en el palacio, subió apoyada en el brazo de aquél la amplia y lujosa escalera, atravesó galerías y salones y entró en el gabinete de tenue luz de coloración rosada....

Julia le quitó delicadamente las gasas, el sombrero y el abrigo, y D. Pablo, en tono reservado aunque afectuoso, le preguntó:

—¿Quieres algo, Luisa? Te voy á de-

jar que descanses y mañana hablaremos de tu padre.

—¿Ha conseguido usted que me perdone?—dijo ella con amoroso interés y visible emoción.

—¡No, nada he conseguido!... No perdona tus faltas, ni lo que él llama tu traición á la patria.

—¡Pobre padre mío!...—y los hermosos ojos se le nublaron de lágrimas.

—Vaya, tranquilízate y ya intentaremos un medio de que le veas y le abracemos ... ¡Adios!....

D. Pablo salió cerrando la tallada puerta de la estancia y las dos mujeres quedaron silenciosas y tristes.

Estaba Luisa muy interesante y hermosa, á pesar de las molestias de un largo viaje. Su traje, casi blanco, de forma elegantísima y de estilo Imperio, con alto talle, gran descote y mangas muy pequeñas, descubría los delicados contornos de su cuerpo de estatua griega. Era muy

morena, de correctas facciones, aunque la boca fuera un tanto grande; de pelo negrísimo y ensortijado que dificultaba la confección del peinado de la época, con largos tirabuzones: pero el atractivo mayor de su rostro eran los ojos, rasgados, negros con verdes reflejos, orlados por largas y brillantes pestañas de una negrura imposible de hallar en las tonalidades de la paleta del pintor colorista más hábil y atrevido ... Aquellos ojos miraban siempre con bondad infinita y los verdes reflejos irradiaban amor y ternura, pero á veces los reflejos desaparecían y de las negras pupilas brotaban chispazos de luz, fosforecencias tremendas, miradas que herían como afilados aceros.

Luisa, casi tendida en un ancho diván, llorando silenciosamente, dejó á Julia que le arreglara el tocado para poder descansar con comodidad; que le cambiara los primorosos zapatos de alto tacón y bor-

dato y blanco raso por cómodas zapatillas turcas y que preparara sobre otro diván de la sala la finísima ropa blanca que había de vestirse para dormir. Se enjugó las lágrimas, atrajo á Julia cariñosamente y la sentó junto á ella en el diván.

—Escúchame, Julia. He vuelto á Granada y un secreto presentimiento me dice que he hecho mal. La pena de mi padre me ahoga, pero además hay otro secreto en mi vida, que tú no conoces, y que voy á revelarte porque necesito de tu cariño y de tu valor... Yo sola nada puedo. Cerciórate de que nadie nos oye y vuelve pronto aquí.

Julia obedeció; sintiósele cerrar puertas y correr cerrojos y después volvió á entrar en la estancia.

—Podemos estar tranquilas,—dijo.

—Oyeme bien; he de ser muy breve y después leerás unas cartas que te acabarán de enterar del misterio... ¿Te acuer-

das de aquel joven prisionero de guerra en Gerona á quien pude libertar y darle un permiso para que se internase en Castilla, permiso que él rechazó y que aceptó al fin después de una brevísima entrevista conmigo?

—Sí, lo recuerdo bien; lo reconocería en cuanto le viera.

—Pues bien: ese hombre es mi vida, la única ilusión de mi existencia. Su recuerdo, que tengo hondamente grabado en mi corazón desde que era niña, me acompaña siempre y su rostro severo, sus ojos altivos y soñadores los veo en todas partes mirándome, preguntándome por qué abandoné mi casa y burlé su amor... Nadie conoce esta amargura bajo la apariencia de la elegante, alegre y decidora cortesana que allá en París ha eclipsado á las estrellas más brillantes en teatros, conciertos y bailes; ni aun él mismo comprende la infinita ternura que guarda para él, para él sólo, este corazón frío, gla-

cial, burlón para todos; ni aun él mismo sospecha que aunque mi cuerpo ha rodado entre las vergüenzas de la vida alegre y ha vestido los impúdicos trajes del Directorio, ofreciendo á la pública curiosidad las morbideces de mi carne pecadora, mi alma permanece pura, limpia, inmaculada como el recuerdo de su amor de niño; como la huella que dejó en mi frente el único beso de amor honrado que he recibido: el que él me dió la noche en que yo tenía meditada mi fuga y no quise separarme de él sin besarnos por primera vez y única!...

Luisa, habíase exaltado intensamente; sus hermosos ojos despedían apasionados y relampagueantes efluvios de sinceridad y de pasión infinita. Permaneció un momento callada; reaccionó después y con alguna más tranquilidad continuó:

—He venido aquí, lo declaro aunque me creas mala hija, no por ver á mi padre, sino para impedir que él se haga

matar combatiendo contra los franceses como ya lo intentó después de la rendición de Gerona; he venido porque confío en que el general no llegará á Granada y podré realizar mi ilusión más querida: que desprecie mi cuerpo pero que adore mi alma . . . El llegó ayer; lo sé por un espía que le ha seguido desde Madrid y que al entrar nosotras en el palacio ha deslizado en mis manos un pequeño trozo de papel, éste, que dice: *Ayer; en seguida Albaysín, conspira amigos*,—y como sabe que el ejército de Sebastiani llegará aquí el 28 ó 29, prepara una campaña de resistencia, de protesta y de lucha contra lo que D. Pablo tiene pactado con Sebastiani . . . El general será implacable y ametrallará á los que se opongan á su paso; hay aquí más afrancesados, relativamente, que patriotas, y . . . ¡yo no quiero que él muera, ni quiero verle otra vez prisionero! . . . Por todo esto necesito de tí.

—Soy tuya en cuerpo y alma.

—Pues bien: esta misma noche, disfrazada con un sencillo traje de sirvienta, es preciso que burles la vigilancia de los criados y salgas á la calle sin llamar la atención de nadie, y que secretamente entres en la botillería de San Gil, preguntas por *Ovidio* y le entregues una carta que voy á escribir mientras tú haces los preparativos y tomas precauciones. Perdóname, Julia; pero si ese hombre cayera en poder de Sebastiani y sus cómplices de Granada, sería fusilado. No sabes qué instrucciones tan severas he oído de los mismos labios de Napoleón á sus generales: «Hay que dominar á toda Andalucía, foco de la insurrección contra el poder del César, cueste lo que cueste, lo apruebe ó no el desdichado rey José; hay que destruir esas Juntas de defensa que hicieron que los españoles vencieran en Bailén; hay que pasear las águilas triunfantes por los

campos de Bailén y Andújar y que humedecer con sangre española los regueros de sangre francesa que el ardiente sol de Andalucía ha secado».... Así lo decía Napoleón, y las represalias serán enormes; á la resistencia se responderá con la destrucción, y.... ¡yo no quiero que muera ese hombre, que es y será mi único amor puro!.... Vístete pronto, Julia y vuelve mientras yo escribo.

Luisa se acercó á un elegantísimo mueble, tomó una hoja de fino papel y con ademán resuelto y nervioso, escribió:

«Querido Pepe: Necesito verte: la persona que te entregue este papel te conducirá hasta mí. Ven en seguida.

Te adora y te besa, tu *Luisa.*»

Momentos después, Julia, que era granadina también, y que con Luisa había-se fugado de Granada y unido su suerte á la de Luisa, aceptando el humilde puesto de doncella ó señora de compañía,

escapaba por la puerta de las cocheras, después de breve diálogo con un mozo de mulas, el cual, vencido por la amabilidad y la gracia de la hermosa muchacha, no solamente le facilitó la salida, sino que accedió á darle una llave para asegurar la entrada, quedando muy convencido de que ella, aprovechando el cansancio y el sueño de la señora, iba á ver á su familia y volvía al momento...

Julia atravesó con paso firme y ligero estrechas calles y la Plaza Nueva, penetrando en la del Pan, á donde daba la puerta de la Botillería, que ella juzgó acertadamente más escusada después de ligero examen.

*Ovidio* estaba allí. Eran poco más de las ocho y los tertulianos iban saliendo por grupos de cuatro ó seis para ir en busca de la cena, luego rezar el rosario y á las nueve y media ó las diez meterse cada cual en su cama; que no estaban los tiempos para trasnochar, ó ir en bus-

ca de aventuras por las calles. Lo más fácil era tropezar con una ronda de las que el Real Acuerdo y las Juntas de defensa tenían organizadas, y esas rondas no se paraban mucho en averiguaciones, y de buenas á primeras metían en un calabozo de la cárcel de la ciudad al más pacífico vecino, si el cabo de la ronda creía que el vecino tenía el aspecto de conspirador.

Un grupo de seis ú ocho estudiantes de remendados manteos y unos jóvenes de aspecto distinguido rodeaban á *Ovidio*. Se ultimaban, en voz baja, los preparativos de una reunión secreta para la noche siguiente, en el sótano de la botillería, y se discutían con exquisito celo los nombres de los conjurados.

*Ovidio* y sus amigos ocupaban el rincón del mostrador cerca de la puerta por donde salieron aquella tarde los tres embozados. Desde entonces, Pedro Gómez tomaba grandes precauciones, y cuando

él no podía estar detrás de la celosía que por uno de los lados comunicaba al mostrador con la sala, celosía que con la mesa de pirámide llena de botellas, constituían una especie de secreto observatorio, sentábase en aquel sitio una hermosa mujer de sereno y simpático rostro, vestida con sencillez, pero con cierta gracia y elegante naturalidad. Esta mujer, que jamás despachaba á los parroquianos ni hablaba con ellos, era la esposa de Gómez, y como él representaba de cuarenta á cuarenta y cinco años de edad.

El buen Pedro estaba muy intranquilo aquella noche, é hizo que su mujer ocupara el observatorio para poder dedicarse él á investigar á los concurrentes desconocidos.

Las tres arañas de candilejas iluminaban con claridad el saloncillo y no había medio de que nadie recatase el ros-

tro ni se ocultase á las miradas escrutadoras de Pedro.

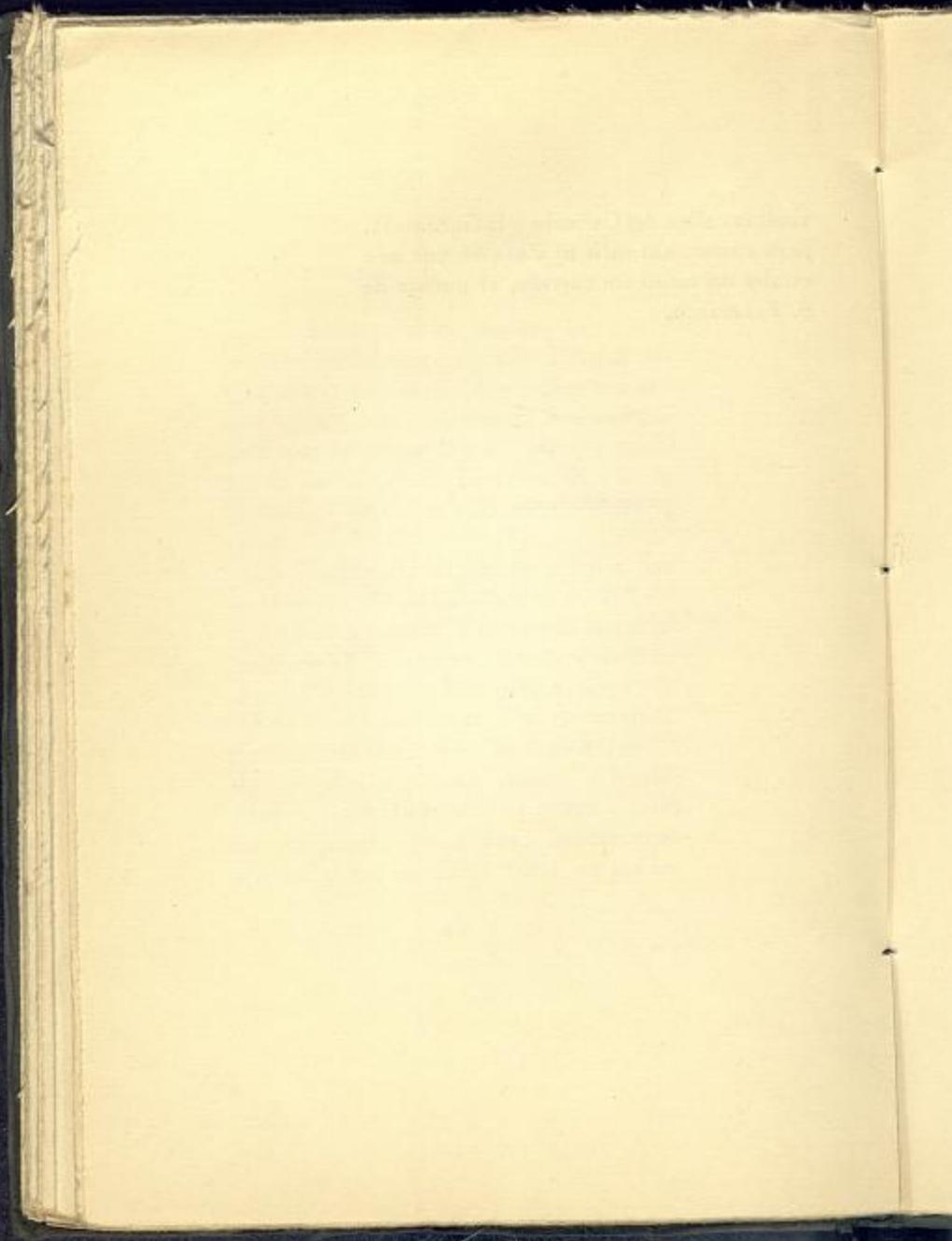
Cuando oyó tocar misteriosamente á la puerta cercana al mostrador la entreabrió con cuidado; escuchó á Julia, hizo dos ó tres preguntas intencionadas para saber si se trataba de una emboscada que se preparaba á *Ovidio*, y cuando se convenció de la sinceridad de la muchacha hizo un misterioso signo á aquél.

La conferencia de *Ovidio* y Julia, fué rapidísima. El no quería ir á ver á Luisa y ella rogó tanto que venció la resistencia de él. Entonces, *Ovidio* ultimó en cinco minutos aquellos preliminares diciendo á sus amigos que lo reclamaban graves complicaciones que tenía que resolver aquella misma noche; estrechó efusivamente las manos de todos y salió por la puerta reservada, perdiéndose pronto, acompañado de Julia, en las re-

OVIDIO

vueltas calles del Cañuelo y la Gallinería,  
para ganar, sin salir al Zacatin que aún  
estaba un tanto concurrido, el puente de  
S. Francisco.

---



## Luisa y «Ovidio»

Muy poco hablaron por al camino, lo bastante para que Julia le explicara cómo había combinado la difícil entrada de él en el palacio. El aguardaría en la puerta excusada de las cocheras á que ella entrara: si los mozos estaban dormidos no había inconveniente, pero si alguno hallábase despierto tenía ella que inventar un medio de apagar el farol que alumbraba las cuadras para que entrara él aprovechando la confusión y la oscuridad.

Por fortuna, todos en las cuadras y en el palacio dormían silenciosos. Los que habían hecho el viaje estaban rendidos y los otros criados reposaban con com-

pleta tranquilidad. Por un exceso de precaución apagó Julia el farol, encendiendo antes una pequeña linterna sorda de que se había provisto al salir del caserón. Atravesaron rápidamente las cuadras, los patios y las galerías de servicio y por una estrecha escalera destinada á la servidumbre llegaron al piso principal y con exquisito cuidado entraron á las habitaciones de Luisa. Dos ó tres veces estuvieron á punto de equivocar el camino; Julia apenas conocía el amplio palacio y había tenido que dejar ciertas señales en las galerías, especialmente del piso principal.

Al fin llegaron á la elegante estancia donde aguardaba Luisa. Julia abrió recatadamente la puerta, introdujo á *Ovidio* y con su discreción acostumbrada se retiró en seguida.

*Ovidio* detúvose asombrado. Luisa se le aparecía aun más hermosa que cuando en críticas circunstancias la halló después

de la rendición de Gerona, y debió á ella la vida y la libertad.

Una amplia vestidura parecida á las túnicas clásicas, de finísima tela blanca, dejaba adivinar las correcciones de sus formas exquisitas. El negrísimo y en-sortijado cabello recogido hacia atrás, á la griega, y sujeto algo más arriba de la frente con una cinta de raso celeste, encuadraban su rostro moreno, tan pálido, que ni aun los labios, tenían coloración . . . . .

La rosada y tenue luz de la estancia aumentaba el misterioso y artístico aspecto de aquella mujer singular que ante Pepe temblaba como pudorosa virgen y en las bacanales y en las orgías de las escandalosas fiestas de París, había dejado renombre de procaz, de graciosa é insinuante. . . . Al ver á Pepe, el primer impulso fué querer arrojarle frenética en los brazos del hombre admirado y querido, cubrir de besos aquel rostro bonda-

doso y noble, pero severo sin afectación.... Esta idea la dejó traslucir en sus espléndidos ojos, que un momento adquirieron singular brillo, reflejos acorados; pero enseguida cambió la expresión de su mirada que se tornó dulce y acariciadora hasta el sacrificio; se estremeció su cuerpo de Venus y sus temblorosos labios balbucearon el nombre del ídolo:

—¡Pepe, Pepe mío!....

Y humilde y temerosa se dirigió á él que la recibió en sus brazos, la besó en la frente, y la dijo en voz baja y apasionada:

—¡Pobre Luisa! ¡Qué desgraciada has sido!.... ¿Te acuerdas cuando te decía «mi negrita»?

Sentados muy juntos, mirándose con ternura inacabable, ella le refirió su dramática historia: desde que desesperada de pensar en que la familia de él la rechazaría por su humilde origen y nunca po-

dría ser la esposa honrada del que adoraba desde niño, preparó su fuga con Julia, incorporándose las dos á una compañía de titiriteros que las llevó por pueblos y ciudades como figurantas para pantomimas, hasta sus escandalosos amores con el «general andaluz», el amigo de Napoleón, que la paseaba por España casi como trofeo, como un insulto á los españoles.... Nada le ocultó; ni aun los más desdichados y vergonzosos sucesos de su corta y accidentada vida; pero siempre iba demostrando al amado por quien sacrificó el honor y la tranquilidad de sus honrados padres, que ni un momento borró de su memoria el punzante y triste recuerdo de aquellos amores purísimos, desarrollados desde la niñez....

Sus ojos derramaban lágrimas que él secaba con ardientes besos, y cuando concluyó su tremenda historia, también de los ojos de él se escapó el llanto, que

selló con nuevas amarguras la unión de aquellas almas.

—¡Pobre niña mía! Has sufrido mucho.... y ¡te perdono!.... Yo también tengo que contarte mi vida y por qué me llaman *Ovidio*, ese nombre que tanto te extrañó cuando nos vimos en Gerona.....

Tu fuga, produjo en mi alma la desesperación. Lloré; era casi un niño entonces!.... Creí que estarías cerca de aquí y te busqué por todas partes. Después inventé un viaje á Madrid y mi buen tutor me llevó á la corte, donde hice para hallarte mil locuras.... Teatros, tertulias, casas de reputación equívoca, todo lo recorrí, valiéndome de un amigo de mi tutor, joven muy conocido de gentes galantes y de vida disipada. Gracias á él, en el teatro del Príncipe donde se cantaban óperas, conocí á una cantante muy hermosa, que se enamoró de mi sencillez de adolescente... Entre los suspiros de amor de ella le conté mis amores conti-

go todas mis penas y tristezas y aquella mujer, que tenía un noble corazón, cambiando su afecto carnal por cariño delicado y tierno me trató como si fuera yo su hijo y me enseñó á padecer y á sufrir . . .

Más fortalecido, volví á Granada con mi tutor cuando ya se avecinaban los trágicos sucesos que tanta sangre han hecho derramar. Así que me faltaron los consuelos de aquella singular mujer sentí nuevamente la desesperación. Te buscaba por todas partes, lloraba en aquel rinconcito de mi jardín, donde desde niños nos decíamos amores, y en la lucha tenaz con la desesperación y la impotencia, recordé que la cantante me había regalado unos libros, encargándome mucho que los escondiera porque estaban prohibidos y perseguidos por la Inquisición. Los saqué del escondite y la casualidad puso en mis manos el más atrevido de todos, *El arte de amar*, de aquel

gran poeta de la Roma de los Césares: Ovidio Nasón, que después de haber ocupado altos puestos políticos, por un hecho que aún no se ha averiguado, por algo que vió en las altas intimidades de la vida imperial: quizá por el secreto amor que él y Julia, la hija del César Augusto, dicen que se profesaban y que inspiró sus más celebrados poemas voluptuosos y obscenos, tanto, que el mismo Ovidio dijo que se le desterraba por causa de sus versos licenciosos y perversos.

Me entusiasmó Ovidio, y sus libros me enseñaron á odiarte, á despreciar á las mujeres, á arrojar lejos de mí, como él dice, á las vírgenes delicadas y pudorosas que ocultan los pies con talares vestiduras; á vengarme de todas, á punzarlas con las mismas flechas que el amor pretendiera vibrar contra mí... Ya ves, era casi un niño, y las teorías desvergonzadas, atrevidas hasta hacer salir el

rubor al rostro de aquel gran poeta, hicieron tal impresión en mí, que comencé á publicarlas por todas partes, entre mis compañeros de Universidad, en el teatro, en las tertulias de jóvenes á que yo asistía para enloquecerme, en las casas donde acudían mujeres livianas, de torpe y alegre vida. A ellos, les enseñé á engañar á las engañadoras, raza pérfida, como Ovidio dice, que debe caer en los lazos que tendió. . . . A ellas, les demostré con el maestro que no saben amar, que les falta el arte y que con el arte se encadena el amor. . . . Proclamé entre otras mujeres más cercanas á la virtud, el modo de engañar á los maridos celosos. . . .

Mi venganza fué completa, impropia de mi edad. Ellos, versados en letras, me oían atónitos, porque no conocían los libros de Ovidio, sobre los que pesaba tremenda condenación; ellas, ignorantes en todo, necesitaban que una y otra vez les repitiera las teorías del maestro, que

oían aterradas, al comprender que eran vulgarísimas y desdichadas sacerdotisas de asquerosa y repugnante Venus: de esas que apenas pueden pasar como incentivos del amor en los festines, cuando el vino, que Venus convierte en fuego, impide discernir con claridad sobre la hermosura...

Ellos y ellas me proclamaron *Ovidio, maestro del amor*, y en tan torpes afanes me sorprendieron los graves sucesos del año ocho. La idea santa y noble de la Patria despejó mi inteligencia y me apartó de orgías y festines en los que, loco y desatentado, derroché gran parte de mi capital, á pesar de los sabios y leales consejos de mi tutor.—Desde entonces no he hecho otra cosa que buscar mi muerte con temeridad rayana en el delirio, en conspiraciones, motines y combates; la muerte me ha respetado y ni un arañazo ha recibido mi carne. Pero no he cumplido aún veinticinco años de vida y

soy ya un viejo desengañado, con el corazón deshecho, sin ilusiones ni anhelos... ¡Esa es tu obra!...

—¡Cuánto me has amado, Pepe mío, y qué desdichada y miserable me considero ante tí! Sí; somos dos ancianos, cuando debíamos saborear los goces de la juventud y del placer!...

\*  
\* \*

Era ya de madrugada, cuando Julia penetró en la estancia para advertir á Luisa y á Pepe Luis que si clareaba el día, la salida de aquél se haría muy difícil.

Ellos se habían contado sus penas y sus dolores; habían sonreído cuando ante sus ojos parecía revivir el pasado con sus recuerdos de amor purísimo é inocente; habían derramado amargas lágrimas al hacer resurgir la triste realidad...

Y así, en la espantosa duda de lo que

F. DE P. VALLADAR

el porvenir les reservaba, se separaron con las almas doloridas: sin un átomo de consuelo ni de esperanza en sus corazones...

---

#### IV

### Los franceses en Granada.

**B**IEN amargos fueron para Granada los últimos días de Enero de 1810. Las vergonzosas componendas ajustadas entre los agentes de Sebastiani y los afrancesados granadinos, dieron al traste con todos los proyectos de resistencia contra el ejército francés.

En el Albayzín, donde los infelices moriscos tramaron su insurrección al ver holladas é incumplidas las capitulaciones, tuvo su asiento también la patriótica conspiración contra los invasores franceses. De allí salieron ardorosas proclamas que inflamaron el amor á la patria; allí se reunieron las armas que

de los parques militares y de la armería de la Ciudad, instalada en la famosa Casa-Miradores de Ribarrambla, se habían podido sacar desde 1808, casi por fuerza, pues las prudentísimas autoridades granadinas se resistieron muchas veces cautelosamente á entregar armas al pueblo.

La «Casa de las Monjas,» donde á raíz de la reconquista estuvo instalada la Chancillería; los conventos abandonados; las amplias casas de nobles caballeros convertidas desde fines del siglo XVIII en albergues de vecinos pobres, eran importantes focos de conspiraciones contra la invasión napoleónica y la triste y desventurada monarquía de José I.

El Ayuntamiento, influido por los manejos de los agentes de Sebastiani, entre los que desempeñaba importante papel D. Pablo, el hermano del «general andaluz,» aún hablaba de patrióticas resistencias, de su amor y respeto á Fernan-

do VII; pero con astucia inconcebible dejaba circular, aumentándolas, las graves noticias que á Granada llegaban. Sebastiani habíase hecho dueño de la margen derecha del Guadalquivir y buscaba camino de Jaén, un parque de artillería y 1.500 soldados de caballería que habían podido salvarse de la derrota sufrida por el ejército español del Centro y que dirigíanse á Granada, apresuradamente, llamados por la Junta de esta Ciudad.

*Ovidio* podía dirigir las operaciones de resistencia con noticias positivas, porque Luisa lo recibía diariamente á las altas horas de la noche, revelándole cuanto lograba averiguar de D. Pablo, á quien Sebastiani todos los días enviaba misteriosas órdenes. De esta manera, Luisa creía que pagaba su deuda á la Patria.

El amor de Luisa á *Ovidio* pudo salvar á Granada, á no impedirlo una des-

dichada operación del general Freyre, jefe de la caballería española. Por un error de itinerario tuvo que hacer frente en Alcalá la Real á la caballería ligera del general Peyremont, que contaba con fuerzas muy superiores y descansadas de marcha. Sin embargo la victoria estaba indecisa y la resolvió Sebastiani, que después de haber entrado en Jaén apoderándose de cañones y pertrechos de guerra, anticipó su marcha. La artillería entraba en esta ciudad, al propio tiempo que Freyre huía derrotado con los ginetes que habían podido salvarse.

Los artilleros pusieron de acuerdo con la junta de defensa, y cuando estaba combinado el plan para resistir el ataque de las tropas francesas, un emisario de Sebastiani trajo la noticia de la derrota de Freyre y de que aquel aguardaba en Iznalloz unas cuantas horas para saber si habían de entrar en Granada pacíficamente ó por la fuerza.

La confusión fué terrible: se disolvieron las juntas; los artilleros emprendieron la retirada hacia Guadix; muchos de los que ofrecieron morir antes que entregar la ciudad á los franceses huyeron ó se escondieron presurosos, y sólo quedó en el Albayzín un pequeño centro de resistencia formado por patriotas y estudiantes de los que ostentaban en sus pechos la condecoración de Bailén. Allí estaba *Ovidio*. Todos sus planes habían fracasado; la defensa era tan difícil que los que se opusieran á la invasión iban buscando la muerte....

Sin embargo, *Ovidio* y sus amigos intentaban el último recurso. Tumultuosamente, consiguiendo llevar con ellos gran parte del vecindario del Albayzín, acudieron á la Plaza Nueva, en la cual se habían tomado precauciones. En la Chancillería estaban reunidas las autoridades y el Ayuntamiento; los agentes secretos de Sebastiani, el alto clero, que ya no

rechazaba como antes la idea de la invasión... Se estaban formulando en secreto unas capitulaciones y redactándose un bando en el que se daba cuenta á la Ciudad de la disolución de las Juntas y se intimaba al vecindario para que recibiera pacíficamente á los franceses. En estos momentos en que el triunfo de los afrancesados era ya seguro; cuando los que habían figurado en las Juntas tenían aceptados cargos en las comisiones que habían de entregar á Sebastiani la Ciudad, un formidable griterío y algunos disparos de pistoletas resonaron en la Plaza.

—¡Mueran los traidores!...

—¡Viva el Rey!...

—¡Viva Español!...

El terror invadió por algunos momentos á aquellos malos españoles. Hubo hasta quien quiso huir y esconderse. Entonces, el presidente de la Chancillería preguntó á los directores de la rendición:

—¿Qué es esto?... No me habían ustedes asegurado que todo intento de resistencia estaba conjurado ya?...

—Deben ser algunos estudiantes revoltosos,—dijo un grave señor veinticuatro de los que habían pertenecido á la Junta Suprema de Granada.

—Estudiantes ó no, en la Plaza ha estallado un verdadero motín. Veamos....

En este momento, penetró en la sala un Alcalde de corte muy emocionado é intranquilo.

—Señor,—dijo al presidente;—la situación es muy grave y es necesario adoptar severas medidas. El pueblo amenaza invadir la Chancillería y no hay fuerza suficiente para resistir la agresión. Además, uno de los artilleros que salieron esta mañana conduciendo los cañones hacia Guadix, vuelve jadeante y con el caballo casi muerto, para participar otra desdicha: el parque entero está en poder de los franceses....

Esta noticia hizo renacer la fuerza y la energía en los afrancesados que, como un solo hombre, se dirigieron al presidente exigiéndole temperamentos de fuerza contra el pueblo.

La confusión fué enorme: los pocos que entre los reunidos querían evitar sangre, rechazaron la proposición y por algunos momentos nadie pudo entenderse, en tanto que en la plaza aumentaba el motín y se oían algunos ahogados disparos entre los gritos de «mueran los afrancesados y los traidores...»

La situación era muy crítica y aquellos señores no se ponían de acuerdo para adoptar una fórmula. Entonces, uno de los pérfidos afrancesados inventó una nueva y piadosa mentira: hizo que una comisión de patriotas subiera al salón de la presidencia y allí habló de auxilios que vendrían, de que los franceses estaban lejos de Granada, de que era posible aún la defensa de la Ciudad!...

Aquellas nobles gentes creyeron de buena fé tan arteras suposiciones y al salir de la Chancillería, un patriota se dirigió al pueblo y con gran entusiasmo dijo:

—Granadinos: preparaos para la defensa: aún hay tiempo de demostrar que somos hermanos de los que han resistido en Zaragoza. ¡Viva España! ¡Viva el Rey!...

Lentamente, el buen pueblo fué desfilando hacia el Albayzín, en tanto que la oscuridad de la noche se extendía por las calles de la morisca Ciudad. De vez en cuando oíanse á lo lejos los gritos de ¡Viva España!... ¡muera los franceses!...

La perfidia vencía á la nobleza una vez más. Sebastiani había de entrar en Granada al día siguiente, y al amanecer, el confiado vecindario sabía por edictos impresos que se repartían por todas partes que se le había intimado para que se con-

servase la paz y tranquilidad públicas..

*Ovidio* dejó á sus amigos gozar de su entusiasmo y su confianza en el porvenir. Un secreto presentimiento le decía que las promesas de aquel señor eran falsas, y buscando un pretexto quedóse en la botillería de Gómez, aguardando la hora de entrar, como casi todas las noches, en el palacio de D. Pablo.

Permaneció en la botillería hasta media noche, y envuelto en su amplia capa y llevando en la mano, desenvainado para prevenir cualquiera agresión, un fuerte sable de combate, atravesó la Plaza Nueva y los Tintes, y se internó en el barrio de Sto. Domingo, subiendo por la calle de la Colcha. En una de las revueltas del convento de S. Francisco tropezó con una ronda que le dió el alto, deteniéndole:

—¡Viva España, viva el Rey!...-gritó *Ovidio* sin bajar el embozo que le ocultaba el rostro.

—No es ese el santo y seña,—dijo el jefe de la ronda;—descubríos!

—¿Desde cuándo se molesta en Granada á los que han luchado por la Patria? Aún no manda aquí Napoleón Bonaparte, dejadme paso!.....

El jefe iba á dictar algunas órdenes, pero uno de los alguaciles se acercó y le dijo casi al oído:

—Cuidado, es *Ovidio*: uno de los jefes de los patriotas.

—Vaya enhorabuena D. José Luis—dijo el jefe con simpatía y cariño.—Pero recójase pronto que se avecinan acontecimientos graves.

*Ovidio* casi no contestó y continuó su camino, llegando con cautela á las tapias del jardín de D. Pablo. Se acercó á una reja y aguardó un instante. Bien pronto, por entre las maderas salió una mano fina y delicada, y una voz emocionada y triste dijo:

—Pepe de mi alma, vete pronto. Lee

luego ese papel y júrame por la memoria de tu madre que no expondrás tu vida.

—¿Qué sucede?

—No puedo detenerme ni tú debes estar aquí. . . . ¿Me lo juras?

—No, Luisa: la Patria es antes que todo y yo soy español.

—¡Qué desdichada soy! . . . Pepe, dame tu mano. . . .

Se escuchó el suave rumor de apasionados besos y una voz llorosa que rogaba invocando el recuerdo del amor de niños, el venerado nombre de la madre de Pepe Luis; la santa y poética advocación de la Virgen de las Angustias! . . . . pero Pepe no juró; sólo dijo ya á última hora muy emocionado.

—Adios Luisa. Defenderé mi vida y pensaré en tí.

Poco después, *Ovidio* llegaba de regreso á la Plaza Nueva. Se acercó á la Botillería y dió tres golpes en la puerta con cierto intervalo de uno á otro, como si

fuera señal conocida. La puerta se abrió sin hacer ruido y *Ovidio* hallóse con Gómez, que velaba como siempre, por si era necesario aquel refugio para algún amigo.

—¿Qué hay D. José Luis? Está Ud. muy pálido.

*Ovidio* miró con ansiedad el salón de la botillería y se convenció de que estaban solos. Entonces desdobló el papel que Luisa le había dado; lo leyó rápidamente y con intensa emoción contestó á Gómez.

—¡Todo se ha perdido!... Los franceses son dueños de Granada!.....

Luisa había escrito estas tremendas líneas en aquel pequeño trozo de papel: «Pepe mío, sálvate por Dios. Sebastiani entrará mañana: en estos momentos fuertes avanzadas se han incautado del Parque y de un molino de pólvora.... Sálvate; en poder del comisario regio Aranza están las listas de los

que habáis de dirigir la defensa... Por Dios, por la Virgen, por tu santa madre te pido que huyas, Pepe de mi vida!... Piensa también en la desesperación de tu Luisa que te adora. Adiós!»

\* \* \*

Con efecto; Sebastiani entró en Granada el 28 de Enero. Recibió en la puerta de Fajalanza á una comisión de afrancesados á quienes casi insultó del modo más airado y tiránico.

Cuando llegó, rodeado de su Estado mayor á la puerta de Elvira, por la otra puerta que comunicaba con la cuesta de la Alcazaba, se escuchó rumor de alteración de la paz y tranquilidad que se le había prometido, distinguiéndose bien pronto los gritos de ¡viva España! ¡mue-  
ran los franceses!...

Revolvió furioso su caballo y dió varias órdenes en francés, penetrando en seguida por aquella puerta un batallón de veteranos granaderos, que fueron recibidos á tiros y á pedradas. Con admirable precisión hicieron unas cuantas descargas los franceses, mientras Sebastiani continuaba su camino por la calle de Elvira con cara de impaciencia y contrariedad.

Antes de llegar al Pilar del Toro, el ayudante que comunicó las órdenes á los granaderos llegó á galope junto á Sebastiani; saludó respetuosamente y dijo:

—Señor, todo está tranquilo. ¡Era una protesta sin importancia!

En la cuesta, veíanse unos cuantos heridos y muertos, y en una pequeña casa una mujer, casi cubierto el rostro por tupido y negro velo, vendaba cuidadosamente una aparatosa herida de sable que derramaba abundante sangre del pecho de *Ovidio*.

F. DE P. VALLADAR

Por segunda vez, Luisa, la impúdica  
cortesana de París acudía á arrebatarle á  
la muerte el amado de su alma! . . .

---

A modo de epílogo.

Cómo terminan los amores de Luisa  
y «Ovidio».

Muy poco resta de la triste historia de mi vida,—díjome *Ovidio* pasando su descarnada mano por la nívea frente, como para ahuyentar recuerdos que le punzaban el corazón.—Curé pronto de mi herida, y estuve escondido en aquella casa más de dos meses. Julia iba con frecuencia á llevarme noticias de Luisa y á contarme todo lo que sucedía en Granada... Allí supe que José I fué recibido lujosamente y que se le entregaron las llaves de la Ciudad fabricadas de oro y plata; que á Sebastiani se le hicieron importantes regalos de cuadros y joyas de arte y á

otros generales espléndidos donativos en metálico; que la Alhambra se estaba convirtiendo en plaza fuerte; que se saqueaban las iglesias y los conventos de frailes y de monjas y las casas de los particulares; que por la fuerza de las armas se cobraban crecidos tributos y que el yugo de los opresores era tan violento é irresistible que con frecuencia había que reprimir motines ametrallando al pueblo; haciendo prisioneros á los sospechosos de patriotas, que en proceso sumarísimo se condenaban á muerte en garrote vil....

También supe, aunque Julia me lo ocultó, que el «general andaluz» había llegado á Granada con el séquito de José Napoleón y que Luisa no podía escusarse ya de aparecer como la querida de aquel mal granadino!.... Cuánto sufrí, amigo mío! Al fin cuando la primavera comenzó á sonreír en los poéticos cármes y en la extensa vega, cuando todo era vida y alegría en la naturaleza y pena y luto en

las almas de los buenos españoles, con exquisito cuidado y grandes precauciones me trasladaron á una casita con alegre jardincillo, cerca al poético «Huerto de las Tres Estrellas», famoso por haber servido de albergue á los rebeldes moriscos que proclamaron rey de Granada á Aben Humeya.... La previsión y el amor sin esperanza de la pobre Luisa, habían convertido aquella casita en adorable retiro.

Exponiéndose á ser espiada me visitó varias veces. Siempre salía de allí con el corazón destrozado, derramando amargas lágrimas. Nuestro problema no tenía solución: no podía ser mi esposa y ni ella ni yo queríamos que fuese mi querida. Pretendía yo huir de Granada, pero todos mis intentos de fuga resultaron inútiles: estaba rodeado de fieles guardianes.

Ya en el otoño, díjome Julia un día que Luisa me esperaba aquella noche:

que había descubierto que la reja por donde nos cambiábamos las cartas era una puerta misteriosamente disimulada y que ella misma me haría entrar. Con efecto, los hierros cedieron por hábil mecanismo y entré al jardín. La pobre Luisa me contó sus penas y sus afanes; el general la obligaba á asistir con los livianos trajes del Directorio á las vergonzosas orgías que allí se celebraban y á las que concurrían varias cortesanas francesas y españolas. La entrevista fué cruel: ella me propuso que nos fugáramos de Granada, que la salvara de aquel martirio.... A mí me faltó valor; tenía yo muy pocos años para filosofar, como pude hacerlo después.

Desesperado, loco, exponiéndome á mil peligros, volví á la casa de mi tutor de la que cuidaba un viejo criado, el cual me conocía desde niño. Me vestí como si fuera un tratante de ganados, y á caballo, burlando los centros de pobla-

ción, emprendí un viaje á Córdoba, des-  
cansando en ventas poco concurridas y  
en cortijos y caseríos de amigos y com-  
pañeros de conspiración! . . .

Durante la estancia de los franceses  
en Granada, vine aquí, arrojando gra-  
ves contingencias, varias veces, y  
permanecí largas temporadas en la casi-  
ta del Albayzín, desde donde me comu-  
nicaba con Luisa.

A comienzos del año 12, cuando ella,  
insistiendo en su proyecto de fuga logró  
convencerme y todo lo teníamos prepa-  
rado, una noche la más feliz de mi vida,  
porque aquella criatura enardecida por  
el inmenso amor que me profesaba, me  
descubrió por entero las más íntimas de-  
licadezas de su alma, ella y yo cometim-  
os la imprudencia de hablar como si  
estuviéramos solos, como si el amor la  
hubiera purificado, como en aquellos  
tiempos en que nos decíamos amores de  
niños, en el rincón de mi jardín . . .

Al día siguiente, aguardé en vano las instrucciones para nuestra fuga, según teníamos convenido. Cuando oscureció no pude resistir más: bajé á la ciudad, fuí á la casa de D. Pablo y... la encontré cerrada, sola, muda como horrible esfinge. Y no podía preguntar á nadie lo que había sucedido!...

Como un loco, sin temor á las persecuciones francesas, vagué dos ó tres días al rededor de aquella casa. Entonces comprendí cuánto amaba á Luisa y qué error tan funesto había cometido no aceptando antes sus proyectos de fuga.... Pero ya era tarde, y después de fraguar los proyectos más absurdos y descabellados, dirigí mis ojos á los libros de Ovidio, gusté los amargos placeres de sus teorías demolidoras y volví á los teatros, á los festines, á las reuniones licenciosas; y proclamé esas teorías por todas partes. Volví á ser «Ovidio,» pero llegué al límite de la desvergüenza y de

la insensatez... *El arte de amar*, el libro que César Augusto llamaba «arte de cometer adulterios,» fué tan popular, que apenas había una persona distinguida que no supiese de memoria que «antes enmudecerán los pájaros en la primavera, en el estío las cigarras y los perros huirán de la liebre, que á un joven se resista la mujer suavemente acariciada. Tal que pensaréis no condescienda, también condescenderá. Bien así como á los hombres engolosina á las mujeres la furtiva Venus. Los hombres disimulan mal; ellas desean más encubiertamente»....

¡Qué horror!...!Cuánto daño hice!..

Viajé por todas partes, pero nunca pude saber qué había sido de Luisa, hasta aquella noche en que conocí á su infeliz hija y en que por ella me enteré de todo. Alguien,—no se averiguó quién—la delató á D. Pablo, y éste, dispuso en el acto que se preparara la partida de to-

dos hacia Madrid, en busca del general, su hermano. La conferencia entre los tres fué cruel, tremenda: resolviéndose por los dos hermanos el abandono total de Luisa, que de repente vióse sola y sin recursos en la corte. Y no paró en eso la venganza de aquellos miserables; trajeron de París á esta pobre niña, que no había cumplido aún cuatro años de edad, y se la entregaron á la madre, á pesar de ser hija de aquel infame soldado y esbirro de Napoleón...

Luisa vivió unos cuantos años en el martirio más espantoso, y teniendo que vender sus caricias para alimentar á la hija infeliz. Me buscó por todas partes, dejó extensas cartas escritas para mí, que no pudo enviar, recurrió á su familia y no la escucharon... El castigo á su liviandad fué excesivo: no merecía esos tormentos. Hasta Julia, cuando faltaron los lujos y las ostentaciones, desapareció.

Al fin, la pobre Luisa murió en un hospital de Madrid, y su hija, que odiaba á la humanidad; que desde niña había gustado los impíos desprecios con que la sociedad trata á las mujeres que caen públicamente aunque colme de honores y atenciones á la esposa perjura y á las demás mujeres livianas cuando hipócritamente se amparan en la tranquilidad y el buen nombre de un hogar honrado—dispéñseme si aún me acuerdo de «Ovidio»;—que había escuchado de labios de su madre aquella historia siniestra de sufrimientos y desdichas y leído las apasionadas cartas que Luisa escribiera para mí—sola, desamparada, lleno el corazón de odios y rencores cuando apenas era mujer, por desprecio á la humanidad, vendió muy caros, por una espléndida suma los gráciles encantos de su cuerpo á un viejo millonario, de quien, la familia de él la separó al poco tiempo

entregándole una cantidad respetable de dinero.

Casi rica, sin sentir inclinaciones hacia el vicio, recogió cuidadosamente las joyas y trajes de la infeliz Luisa que habían quedado empeñados cuando la enfermedad de aquélla, reconstituyó un verdadero tesoro de recuerdos, y vino a Granada, á la tierra de los amores de su infeliz madre.

Ya sabéis, amigo mío, cómo la encontré en mi camino. Obedeciendo á un secreto instinto, á una misteriosa aspiración de su alma, buscaba por todas partes á aquel «Ovidio» á quien Luisa había amado tanto... Para hallarle era preciso conocer la sociedad pervertida y en ella entró sin apetitos ni aficiones, hallándome á los tres días de conocer á las hermanitas Lola y Pepa.....

Esta heroica mujer, desde entonces, no se ha separado de mí. Ha sido más que una hija para este pobre viejo que sólo

ha podido ofrecerle recuerdos de tristezas y amarguras. Es buena hasta el heroísmo, y Dios premia sus bondades no haciéndole sentir otros amores que el que á modo de culto profesa á la memoria de su madre, y el afecto filial con que endulza mi vejez. . . . Hemos traído de Madrid los restos de la pobre Luisa, que descansan allá en el cementerio de las Barreras. Una cruz cobija dos sencillas sepulturas: en una está ella, la otra es para mí: aunque sea en la muerte, quiero estar junto á ella en memoria de que esa fué la ilusión no lograda de su vida. . . . .

Todos los domingos, la triste huérfana y el viejo amante subimos á renovar las flores que adornan la sencilla sepultura. Venga usted un domingo con nosotros. Ella es una perfecta dama á quien he dado mi ilustre apellido. . . . Era hija de padres desconocidos. . . . Yo he borrado el recuerdo de aquel canalla que llegó

F. DE P. VALLADAR

á general y que sucumbió en Austria, y, documentalmente es hija mía y de la pobre Luisa.....

\*  
\* \*

Fuí muchas veces á casa de «*Ovidio*» y traté con sincero afecto á la hija de Luisa, que era entonces una hermosa matrona, pero jamás me atreví á dirigirla una galantería. Inspiraba verdadero respeto, á pesar de los encantos que la edad madura no había podido borrar.

«*Ovidio*» murió á los pocos meses, repentinamente, á consecuencia de la rotura de una aneurisma. Acompañé su cadáver y le deposité yo mismo, por encargo de su hija en la otra sepultura. Pasados nueve días, me suplicó la acompañara á visitar á sus dos muertos. Allí, sobre las sencillas losas en que solamente hay escritos los nombres de Luisa y Pepe Luis, me participó su resolución: partía de Gra-

OVIDIO

nada, era hermana de la Caridad y había pedido que se le destinara á las ambulancias del ejército en la guerra civil.

Me entregó un pliego donde había escrito sus instrucciones respecto á las rentas de su capital y del de «*Ovidio*» y me confió á sus dos amados muertos.....

Y aún se conserva en el Cementerio la elegante y sencilla cruz de mármol, que cobija con sus brazos amorosos las sepulturas; aún se leen escritos en las lápidas con severas letras de bronce, los nombres de LUISA Y PEPE LUIS....

FIN

